



Retiro espiritual de Cuaresma

Fr. Carlos A. Espinoza I., O. de M.

Acompañemos a Jesús en su peregrinación a la soledad del desierto

Es indispensable “entrar” en el profundo sentido del tiempo litúrgico de la Cuaresma. Y siempre. No podemos simplemente quedarnos en los gestos litúrgicos exteriores como son la privación de comer carne los viernes y muy especialmente el Viernes Santo o ayunar o recibir el signo de la ceniza el miércoles de Cenizas, con que se inicia este especial tiempo de la cuaresma. No se trata de realizar ciertos ritos como actos aislados de nuestra vida concreta. No se trata sólo de realizar ciertas actitudes religiosas. Se trata de captar el espíritu con que debemos vivir los tiempos litúrgicos durante el año con una clara conciencia que lo que está en juego es nuestra salvación eterna.

Pero ¿qué es un acto salvífico? ¿Por qué tenemos que preocuparnos de nuestra salvación eterna? ¿Acaso deseo o quiero salvarme? ¿Por qué tendría que ser cristiano, ir a misa todos los domingos, confesar mis pecados regularmente con el sacerdote, rezar mucho y amar y perdonar, una y otra vez...?

Ciertamente la respuesta a estas interrogantes es prácticamente la tarea de nuestra existencia. Ya el Salmo 41, 1-3 nos ayuda a entrar en el dinamismo más hondo de todo ser humano, aunque de momento pareciera que no le preocupa ni le interesa acercarse al misterio de la propia vida. Retengamos este hermoso inicio del Salmo 41:

“Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío. Mi alma

tiene sed de Dios, del Dios vivo; ¿Cuándo entraré a ver el rostro de Dios?”

Un retiro espiritual se realiza en este aire humano y espiritual de un ser humano que camina en este mundo. Nuestras búsquedas son muy variadas y muchas muy complejas. Nos sentimos con la sensación de estar saturados de mensajes, de insinuaciones, de promesas. Todo parece estar liquidando las preguntas de fondo que el ser humano siempre se ha formulado: ¿quién soy, de dónde vengo y para dónde voy? Bajo el perfil de un hombre exitoso y realizado, según los parámetros que cada época, se formula, sin embargo o se esconde una certeza que nadie puede olvidar como es: su capacidad de preguntarse hasta el final de este caminar humano. San Agustín lo expresa así en su libro *Las Confesiones*: *“¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Tú estabas dentro de mí, yo, fuera. Por fuera te buscaba y me lanzaba sobre el bien y la belleza creados por Ti. Tú estabas conmigo y yo no estaba contigo ni contigo. Me retenían las cosas. No te veía ni te sentía, ni te echaba de menos. Mostraste tu resplandor y pusiste en fuga mi ceguera. Exhalaste tu perfume y respiré y suspiro por Ti. Gusté de Ti, y siento hambre y sed. Me tocaste y me abraso en tu paz”*.

Es hermoso descubrir en estos versículos del salmo 41 y en precioso texto de San Agustín, al hombre concreto que no deja de preguntar y buscar aún siendo un creyente del pueblo escogido, de Israel, el Pueblo de Dios o de la Iglesia. Tampoco nosotros creyentes del siglo XXI podemos ignorar nuestra capacidad de preguntarnos. ¿Qué sentido tiene lo que esta-

mos viviendo?, ¿Hacia dónde camina mi vida que hoy llevo? ¿Qué es lo que busco, qué me falta o quién me llama, me aguijonea a tener que preguntarme por el sentido que tiene mi vida real que llevo?

“Como busca la cierva corrientes de agua, así mi alma te busca a ti, Dios mío”, clama el orante bíblico. Ha observado que la cierva con sed busca corrientes de agua. Busca el agua porque si permanece sin deseo ni ánimo se morirá de sed. El hombre que no tiene deseo de lo Absoluto y Eterno muere inmerso en las cosas de este mundo. Sin sed no necesitamos beber, sin hambre no necesitamos comer. El cristiano siempre tiene hambre y sed de lo eterno y definitivo. Es un eterno buscador del Misterio Eterno de Dios, es un peregrino sin descanso, es un caminante hacia lo eterno en medio de la temporalidad. Esto es lo que buscan los tiempos litúrgicos como la Cuaresma: volver a la Fuente que es Jesucristo.

Preguntémonos: ¿Realmente buscamos a Dios, Misterio Eterno e Infinito? ¿Realmente mi alma, mi persona, “te busca a ti, Dios mío”? ¿Cómo se manifiesta esta búsqueda de ti, Dios mío, en el diario vivir que llevo, en la convivencia de mi hogar, en el trabajo, en el descanso, en el compartir día a día? ¿No tienes sed y hambre de Dios? ¿Qué cosas apagan la fe, debilitan la esperanza y anulan la caridad? Haz una pausa.

La Santa Cuaresma es el tiempo más apropiado para “ponernos a tono”, para sintonizar con lo más profundo de nuestro ser cristianos del siglo XXI. Después de un descanso veraniego se abre para nosotros la Puerta Santa

de este Año Jubilar, un "Año Santo", que el Papa Francisco invita a vivir bajo la virtud de la esperanza. Y ¡qué bien nos hace iniciar esta Cuaresma con la mejor disposición del espíritu para preparar la celebración anual de la Pascua de Jesús, su pasión, muerte y Resurrección.

En este retiro espiritual de cuaresma podemos recordar otra página hermosa de la espiritualidad cristiana escrita por el gran místico San Juan de la Cruz en su Cántico Espiritual cuando refiriéndose a su experiencia de búsqueda de Dios dice poéticamente:

“¿A dónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido? Como el ciervo huiste, habiéndome herido; salí tras ti clamando y eras ido?”

La relación del hombre con Dios no es fácil porque no es simplemente como un monólogo donde el hombre es el protagonista y Dios simplemente el oyente pasivo. La relación con Dios es siempre un diálogo entre el Tú eterno de Dios y el yo humano. Cuando entramos en este diálogo humano y divino, de la criatura y Dios, entonces se inicia un camino donde las relaciones entre ambos se construirán con altos y bajos de parte de la creatura humana y la paciente espera de Dios. Entonces el ser humano puede experimentar esta situación como "Dios me ha abandonado", "Dios se olvidó de mí", y otras expresiones que indican que alguien de esta relación está fallando y Dios es entonces el culpable.

Con frecuencia olvidamos que el encuentro con Dios siempre es "entre dos": Tú y yo, el primero divino y el segundo humano. Es entonces cuando el creyente piensa que Dios es el que lo abandona, lo olvida, no lo escucha, no lo socorre como lo esperaba. Recordemos el estremecedor grito de Jesús en la cruz: "Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado?". En este grito se resumen todos los gritos que los hombres, creyentes y no creyentes, en algún momento de su camino también han clamado desde su "abandono y soledad".

El camino de la fe no exige de las heridas con que nos encontramos en el camino, siendo la más lacerante la sensación de ser abandonado, herido y desolado por Dios, el Amado que se esconde, que se oculta y no responde a los gemidos del creyente herido por la soledad. Así es el amor que nos impulsa a salir,

una y otra vez, tras la búsqueda del Amado, clamando a pesar que Dios no responde y da la sensación de que se ha ido de nuestro lado.

De este modo, el tiempo litúrgico de la Cuaresma es una preciosa oportunidad para revisar nuestro camino actual en el seguimiento de Jesucristo, es decir, nuestra respuesta como discípulos del Señor. El "proyecto de vida", fundado en el ejemplo y palabra de Jesús, debe ser objeto de revisión en esta Cuaresma. Hace bien ejercitarse en la virtud de la caridad, sobre todo con el prójimo, a fin de llegar a la Pascua mejor dispuestos a vivir también nosotros con Jesús "nuestra Pascua", ese "paso" del pecado a la vida nueva que el Resucitado nos ofrece.

La palabra clave de la Cuaresma es la conversión entendida como "paso de la muerte del pecado a la vida nueva del Resucitado". La metanoia, palabra griega del Nuevo Testamento, significa "cambio de dirección de la propia vida". No se trata sólo de pedir perdón de algunas faltas o culpas sino de revisar la orientación de nuestra vida: ¿hacia dónde voy, qué sentido tiene mi vida actualmente? Así la conversión verdadera implica un rectificar el rumbo, volver a la originalidad del bautismo, encauzar la vida presente hacia el auténtico estilo original del evangelio de Cristo.

Una palabra muy hermosa del tiempo de cuaresma es la palabra "retorno". Volvamos a leer las tres maravillosas parábolas de la misericordia de san Lucas 15. Fijémonos en el proceso que vive el hijo menor de aquel padre que tenía dos hijos, pero también fijémonos en el hijo mayor. Es una de las más bellas enseñanza del Divino Maestro. Y podemos descubrir que nuestra vida cristiana puede asemejarse con la conducta de estos dos hijos: con el menor que termina envuelto en el pecado y el derroche de su vida o con el mayor que, si bien permanece siempre al lado del papá, sin embargo, no lo ama tanto y guarda sus reproches contra su padre, sobre todo, frente a la conducta incomprensible que asume el padre ante el hijo menor que retorna a casa.

Hagamos un retiro que, junto con orar y meditar la divina palabra, nos disponga a vivir esta santa Cuaresma con profunda fe, con renovada esperanza en el perdón que el Señor nos ofrece, y con animada caridad. Como usted comprenderá la Cuaresma no es sólo

"no comer carne" o "hacer ayuno" o "recibir la ceniza". No olvide "confesarse" porque el pecado produce acostumbamiento y puede producir "amnesia". Vaya y pida al "cura" que cumpla el sagrado servicio de la confesión. "Cura" significa "el que sana". Y no hay peor enfermedad o herida que la que se esconde en lo más profundo de cada uno: el pecado. Para ello, revise los diez mandamientos y vea con sinceridad su interior. ¡Ah, no olvide rezar un rosario como parte del retiro espiritual! Al primer cautivo o cautiva que el Señor nos encomienda rescatar es usted. Dejemos que el Redentor nos libere de tanta esclavitud y miseria.

Tenemos tarea para nuestra Cuaresma 2025. Así podemos tener la felicidad de compartir la Pascua de Jesús como un "paso o pascua" del Señor por mi propia vida. Un paso de la muerte a la vida hasta que alcancemos la definitiva con la gracia de Dios. Y la Pascua es el paso de la cautividad a la gloriosa libertad de los hijos de Dios. Sin embargo, no se trata de consignas sino de un "proceso pascual" que cada uno debe renovar constantemente como un morir al pecado y un vivir para Dios. Por eso, el camino cuaresmal es inseparable del acontecimiento pascual. Cada año renovamos nuestra pascua unidos a Jesús.

Con esta oración podemos hacer de la Cuaresma un tiempo de gracia y bendición:

***Te agradecemos, Señor,
este tiempo de gracia
que es la Cuaresma.
Regálanos tu Espíritu,
danos fuerza y decisión para profundizar
y vivir nuestro compromiso bautismal,
para vivir con esperanza y alegría
el gran regalo de la vida,
de la fe y del mandamiento del amor.***

***No nos dejes caer en las redes del mal,
del desprecio a nadie,
del desamor a las personas,
del abandono de los más débiles
y necesitados.
Que el amor redentor de Jesús,
nuestro maestro y modelo,
nos sostenga en las tentaciones
que podamos tener, y las tendremos,
y podamos, como Él en el desierto,
desecharlas con tu gracia y bendición.
Así sea.***